



ARBUTHNOT, John; SWIFT, Jonathan

El arte de la mentira política

Madrid : Sequitur, 2006. - 96 p. : il. ; 17 cm. - ISBN (10): 84-95363-28-3; ISBN (13): 978-84-95363-28-2

La caracterización de la mentira como arte abre las puertas, desde su misma formulación, a la inquietud, a la sospecha de que el uso de la mentira puede ser aprendido y perfeccionado sobre la base de una serie de técnicas que habrían de conducir, en última instancia, a la presentación de la mentira ante el resto de la sociedad como un discurso verídico que da cuenta sin distorsiones de lo que realmente está ocurriendo. La mentira pasada por el tamiz del arte, del aprendizaje de sus entresijos, podría irrumpir como construcción verosímil que socava la posibilidad de la duda para asegurar y cimentar su credibilidad. El arte de la mentira sería así el arte de la construcción de lo verosímil, el arte que enmascara la pertinaz presencia de lo mendaz porque lo mendaz, cabría aducir, nunca acaba de irse.

Sin embargo, a este arte de la mentira es preciso adjuntarle, en el marco de estas líneas, una caracterización específica que remite al espacio concreto que es objeto de análisis. Decíamos que lo mendaz no acaba de irse; sí, la mentira, pese a la condena moral que la persigue, está presente en todo contexto social, atraviesa toda relación social, como ya pusiera de manifiesto Georg Simmel en un artículo seminal “El secreto y la sociedad secreta” escrito hace ya casi un siglo. Convivimos con la mentira en todos los órdenes de nuestra vida pero también convivimos con la creencia de que la mentira posee (pese a su ubicuidad) un espacio paradigmático, un contexto que favorece y posibilita en mayor medida el desenvolvimiento de la trama mendaz. Parecería entonces que si hay realmente un arte de la mentira, éste debería de ser, consecuentemente, el arte de cómo ejercitar la mentira en dicho contexto: el arte de la mentira se vierte por ello en un arte de la mentira *política*.

La política como depositaria por excelencia de la mentira, como espacio que no sólo favorece la mentira sino como espacio que exige mentir en la organización y comunicación de la multiplicidad de asuntos que han de ser gestionados. La historia de esta profunda asociación entre la mentira y la política es tan dilatada como la reflexión sobre la gestión del ámbito político y ya en la Grecia clásica, Platón había llegado a afirmar que “los regidores del Estado y no otros, podrán recurrir a la mentira frente a un enemigo o frente a los propios ciudadanos, pero sólo en bien de la ciudad; en un remedio tan extremo nadie más debería meter la mano”; la mentira como privilegio del poder. El libro que aquí se reseña, *El arte de la mentira política*, debe ser contextualizado, por una parte, en el marco de toda una línea de reflexión de largo recorrido (en donde la referencia a Maquiavelo habría de ser asimismo una de las referencias obligadas), que se aviene a indagar en el modo en que la mentira acontece en el ámbito político. Por otra parte, ha de ser puesto, lógicamente, en el contexto

específico de su elaboración, la cual se ubica en los inicios de la Inglaterra del siglo XVIII, en donde la importancia de la sátira política ha quedado ejemplificada, casi de un modo paradigmático, en el *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift.

El arte de la mentira política recoge dos escritos. En el primero de ellos, que da título al libro y al que nos ceñiremos en mayor medida, es obra de John Arbuthnot (aunque en el momento de su publicación aparece sin firma) y su objetivo es dar a conocer al público el contenido del primer volumen de los dos de los que consta un supuesto libro sobre el arte de la mentira política que habrá de ser entregado, en un plazo acordado, a los suscriptores que hayan realizado un pago previo; el libro, sin embargo, no aparecerá nunca, mostrando que la referencia al supuesto libro quizá sólo sea la estratagema discursiva escogida para hablar de la mentira política. El segundo escrito recoge un artículo de Jonathan Swift publicado originariamente en el periódico *The Examiner* en 1710.

La importancia del libro publicado por Sequitur radica en un doble motivo que remite, en primer lugar, a la pertinencia de rescatar dos textos de difícil acceso que ahondan, desde su especificidad sociohistórica, en el modo en que ha de ser practicada la mentira en el ámbito político para que el propio ejercicio de la política siga su curso. Por otra parte, las reflexiones aquí contenidas van más allá de su propia especificidad sociohistórica para adentrarse en una reflexión de carácter más genérico que pone de manifiesto, al margen de las formas disímiles con las que pudiera revestirse la práctica mendaz, la necesidad de la mentira para poder hacer política porque no hay política sin uso de la mentira: “La mentira”, nos dice Swift, “es antigua y surgió por primera vez como mentira política”. En esta doble virtud, lo específico (la Inglaterra de inicios del siglo XVIII) se da la mano con lo genérico (una constante histórica) y lo manifiesto (la forma concreta de la mentira) con lo latente (la necesidad de la mentira).

En *Los viajes de Gulliver*, Jonathan Swift ya había afirmado que la inmersión en el mundo de la política requiere el aprendizaje de la insolencia, la mentira y el soborno, y, en concomitancia con ello, que el discurso político se caracteriza por el hecho de que “nunca dice una verdad sino con intención de que se tome como mentira, ni una mentira sino con el propósito de que se tome como verdad”. Sobre esta base, del ejercicio de la política cabría decir, desde nuestro presente, que se fundamenta en un quehacer que se vierte sobre el tiempo (deseo de perdurar en el poder) y el espacio (deseo de dar forma al territorio que se gobierna). Este doble deseo precisa de un discurso que niegue lo que hace y haga lo que niega: el ejercicio de la política adquiriría así su peculiaridad en el modo específico en el que acomete la afirmación formal de la ciudadanía y su negación práctica en tanto que sujeto de conocimiento, acción y decisión cotidiana. Esta es la paradoja estructural de la política, la tensión que la recorre y le da forma y el arte de la mentira política tan sólo sería el modo en que dicha tensión se pretende resolver y estructurar en tanto que modo de funcionamiento estructural.

A tales efectos, las reflexiones contenidas en este libro habrían de ser vistas a modo de manual (irónico y efectivo) con el que encarar la mencionada paradoja estructural del ejercicio de la política. John Arbuthnot afirmará, en este sentido, que “no existe derecho a la verdad política; que el pueblo no tiene derecho alguno a pretender ser instruido en la verdad de la práctica del gobierno”, lo que no sería, como decíamos antes, sino afirmar lo que la política oculta, y para ello, para acometer esta ocultación sistemática de la verdad política, propone la creación de *agrupaciones de mentirosos* (cuya labor habría de compaginarse con la llevada a cabo por el *comité de susurros*) que habrían de erigirse en una especie de cónclave de reflexión que dicta-

minase, en la cúpula de los partidos políticos, aquellas mentiras que se juzgan como óptimas para alcanzar los fines pretendidos; es importante señalar que el carácter óptimo de la mentira se asienta en una doble condición que remite a su conveniencia y verosimilitud. La mentira en política para ser una buena mentira no puede ser burda ni apresurada; ello exige que los partidos establezcan experimentos con *mentiras de comprobación*, mentiras de prueba, de sondeo, en donde abría de acreditarse su capacidad de persuasión.

A modo de sucinta tipología de la práctica mendaz, Arbuthnot distingue entre la mentira calumniosa (que pretende minar la reputación del adversario), la mentira por aumento (que busca engrandecer la valía de una personalidad política) y la mentira por traslación (que acomete el trasvase de los méritos o deméritos de unas determinadas acciones a otras personas que no cometieron dichas acciones); todas ellas, al margen de su campo específico de actuación, habrían de respetar las reglas de conveniencia y verosimilitud porque lo que acontece más allá de estas reglas tan sólo vendría a poner en cuestión la permanencia y viabilidad del discurso mendaz. Y junto a esta tipología, Arbuthnot también sugiere que el arte de la mentira política debe entretejer, en su justa medida, las cuestiones que espantan e infunden terror y las que animan y enardecen al pueblo, tarea esta que debería exigir, asimismo, que los políticos no acaben por creerse las mentiras proferidas por ellos mismos. El arte de la mentira política sería, en definitiva, “el arte de hacer creer al pueblo falsedades saludables y hacerlo a buen fin”.

Estas sucintas consideraciones de la mentira apuntan a una comprensión de la práctica mendaz en donde el engaño, la ocultación y la tergiversación pretenden articular un orden de sentido (juzgado como conveniente y verosímil) a través del cual se habría de legitimar el funcionamiento del poder político; la mentira, por todo ello, apuntala dicho funcionamiento y se inscribe en el núcleo mismo de la gestión de lo público. La permanencia de estas reflexiones podría ser corroborada con una extensa colección de ejemplos; basta tan sólo citar, como extraordinariamente fértil campo de análisis, que aquí no puede ser desarrollado, toda la mendacidad que rodea un concepto fetiche para el poder institucionalizado actual como es el de la seguridad y sobre el que el filósofo italiano Giorgio Agamben llega a afirmar en su libro *Medios sin fin* que: “el poder no tiene hoy otra forma de legitimación que la situación de peligro grave a la que apela en todas partes de forma permanente y que al mismo tiempo se esfuerza en reproducir secretamente”.

Sin embargo, esta omnipresencia de la mentira tampoco puede ser en modo alguno la apertura a la aquiescencia; concluyamos con dos consideraciones a este respecto. La primera se apunta en el texto aquí reseñado, al afirmar que si los políticos usan la mentira para afirmar su autoridad, “es razonable que el pueblo use las mismas armas para derribarlos y defenderse”; la mentira aparece entonces como subterfugio que el ciudadano (afirmado en las formas y negado en la práctica) pueda emplear ocasionalmente para hacer frente a los abusos del poder. La segunda, remite a la necesidad de poner en cuestión el orden de sentido propuesto desde el poder institucionalizado; si bien, como decíamos al inicio, la mentira anida en toda relación social, también es cierto que la potencialidad para desmentirnos de las mentiras que se nos cuentan deviene requisito irrenunciable a través del cual el ciudadano impide que el orden de sentido propuesto por el poder mine continuamente su capacidad para pensar y actuar. La tarea del desmentirnos, por ello, no es la antesala a la verdad sino la apertura a otro orden de sentido que hace problema de lo evidente, que muestra la arbitrariedad y contingencia de lo que se presenta como irrefutable. Desde la práctica siempre inconclusa del desmentirnos, que recoge el testigo de la filosofía del martillo nietzscheana, los discursos que en nuestro entorno más cercano repiten

cansinamente la necesidad de la seguridad (mientras producen inseguridad), las bondades del progreso tecnológico (ocultando la dimensión política de lo tecnológico), el carácter irrenunciable del desarrollo sostenible (perpetuando la mercantilización de la naturaleza), la representatividad del poder elegido electoralmente (vedando la potencialidad política cotidiana del representado), la esencialización de la nación (socavando las formas disímiles que ésta pudiera comportar) o, por último, el carácter ejemplar de la transición democrática (sustentada en el olvido y el silencio), muestran, a modo de sucinto ejemplo, el carácter a menudo mendaz del orden de sentido propuesto desde las instituciones políticas y el vaciamiento estructural de los discursos que las instituciones políticas precisan para legitimar su mantenimiento.

La actualidad de los escritos de Arbuthnot y Swift radica en la propia actualidad del tema que enuncian, en la exposición de lo que el poder político precisa pero oculta; por ello, los tres siglos transcurridos lejos de convertir este libro en mera anécdota de lo ya pensado muestran que dichas reflexiones son materiales con los que podemos seguir confrontándonos y alimentando, en un sentido foucaultiano, la tarea de pensar lo actual: el arte de la mentira política (nos) da qué pensar –y esto es lo mínimo que cabe pedir a un libro– porque la política institucionalizada se piensa y se hace a sí misma desde su imbricación con la mentira.

Ignacio Mendiola Gonzalo



AURELL, Jaume; PÉREZ LÓPEZ, Pablo (eds.)
Católicos entre dos guerras. La historia religiosa de España en los años 20 y 30
Madrid : Biblioteca Nueva, 2006; 349 p. ; 17 cm. - ISBN: 84-9742-467-0.

Hace algunos años que la historiografía española en torno al hecho religioso está abandonando los clásicos patrones de la historia eclesiástica tradicional, centrada en la Iglesia como institución y a menudo con un claro sesgo confesional, y va avanzando hacia una historia religiosa que tiene más en cuenta los avances de la historia social y cultural, y que además de la propia Iglesia no descarta como objeto de estudio ninguno de los distintos elementos que forman el “movimiento católico”, por utilizar el acertado concepto acuñado por Feliciano Montero. Una nueva historia religiosa que en España está casi en pañales, pero que en otras historiografías, como la francesa, está ya muy avanzada.

En esta nueva forma de historiar el fenómeno religioso pretende enmarcarse esta obra colectiva, producto de un proyecto de investigación de la Universidad de